

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



AGOSTO

Nº 47



Peregrinos de la esperanza. Palabras de bienvenida en la Bendición de la V Peregrinación a Covadonga

Excmo. y Rvdmo. Fray Jesús Sanz Montes, O.F.M.,
Arzobispo de Oviedo.

«Ad te luce vigilo» (Ps 62, 7). La Misa del alba.

Mons. D. Alberto José González Chaves, Pbro.

Una peregrinación inolvidable

P. Antonio María de Araújo,
Fraternidad San Vicente Ferrer, Chémeré-le-Roi (Francia).

Síguenos en nuestras redes sociales



«¿Quién es esa elevada Paloma? Ciprés encumbrado en el alto Sión, cinamomo, que aromas exhala, nardo el más selecto y bálsamo de olor. ¡Qué gloria, qué honor! Es María que sube a los Cielos a ser coronada por el mismo Dios».

Al llegar la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, presentamos un nuevo número de nuestro boletín «Laudate» con algunos recuerdos y testimonios de la reciente peregrinación a Covadonga, que tras la V edición, se ha consolidado ya como una cita anual en el camino de la reconquista espiritual de España.

La reciente publicación del vídeo oficial por parte de Nuestra Señora de la Cristiandad - España, así como la multitud de fotografías tomadas durante las tres jornadas de la marcha, muestran la profunda fe vivida y la intensa alegría compartida durante el camino hacia la Santina.

Con el deseo de seguir disfrutando de todo ello y con la mirada puesta en el 25 de julio de 2026, recibid un cordial saludo.

Iñigo Serrano Sagaseta de Ilúrdoz
Capellán General de NSC - E



PEREGRINOS DE LA ESPERANZA. PALABRAS DE BIENVENIDA EN LA BENDICIÓN DE LA V PEREGRINACIÓN A COVADONGA (NTRA. SEÑORA DE LA CRISTIANDAD)

Excmo. y Rvdmo. Fray Jesús Sanz Montes, O.F.M., Arzobispo de Oviedo



Laudetur Iesus Christus. Que la paz de Cristo resucitado llene vuestros corazones y vuestros pasos caminen por los senderos que Dios frecuenta. Paz y Bien, amigos y hermanos. María nuestra Madre Santísima os bendiga. Como Arzobispo de Oviedo yo también lo hago y con gratitud, un año más, os ofrezco mi fraterna acogida.

Lo dijo el poeta y escritor alemán Johannes Wolfgang Goethe: «Europa nació peregrinando». Porque los caminos del viejo continente de pronto se dibujaron en un mapa cristiano que fue señalando en las encrucijadas diversas, el motivo de la andadura y su significado. No es andar por andar, o andar a la deriva, o reducir el

gesto a un sentido tan secundario que termina siendo fallido. Andamos porque nos sabemos llamados, porque nos sabemos sostenidos y acompañados, porque sabemos que tenemos una meta en la que somos esperados.

Ayer celebrábamos la festividad de Santiago Apóstol. Él es adalid de nuestras peregrinaciones. Pero para nosotros ese *campus stellarum*, Campo de las estrellas, no es la meta de una aventura deportivo-esotérica, sino que ahí reside la meta misma del propio Santiago: Jesucristo. Y llegar a Compostela y no encontrarse con Cristo es haber hecho una andadura torpe y desorientada. El sentido de toda peregrinación es el encuentro con Jesús, el Señor.

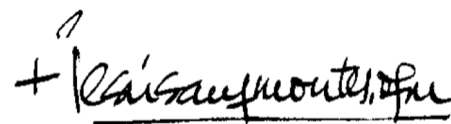
Vosotros iniciáis en esta mañana vuestra Vª peregrinación a Covadonga. Hay allí otra meta preciosa que tiene el mismo marchamo que el Camino de Santiago: encontrarse con Jesucristo. Serán tres días por estos parajes astures, tan bellos y frescos con toda la hermosura natural con la que el Creador dejó revestida esta tierra. Pero en el valle del Auseva, donde se ubica el santuario de la Santina de Covadonga, allí nació un pueblo con clara denominación de origen cristiano. A ese pueblo pertenecemos como Iglesia viva. Y, junto a la belleza natural y a la identidad cristiana que en Covadonga nace, celebramos también el impulso histórico de toda verdadera reconquista.

No somos nostálgicos de un pasado ya pretérito, ni temerosos ante un futuro que suscita miedo, ni mediocres adocenados en un presente que no entendemos. Queremos reconquistar una tradición que sigue viva como herencia de los santos, y haciendo así ponemos los fundamentos de un mañana que se asienta en la esperanza cristiana de la fidelidad de Cristo, mientras escribimos apasionados con audacia el hoy que tiene la edad de nuestros años y el domicilio de nuestras circunstancias. Esto lo decía ya san Juan Pablo II en su carta apostólica Novo Millennio Ineunte (nº 1): «*Duc in altum!*». Esta palabra resuena también hoy

para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8)».

Queridos jóvenes, gracias por este gesto que llega ya a la Vª edición de la peregrinación a Covadonga. Sed peregrinos de la esperanza. Con María y como Ella sed portadores de Jesús y portavoces de su Palabra. El mundo y la Iglesia os necesita con la gracia que Dios pone en nuestros corazones para ser misioneros de la fe, la caridad y la esperanza, para ser misioneros de esta Buena Noticia cristiana.

A todos vosotros que participáis, a los organizadores de esta peregrinación, a los sacerdotes, religiosos, seminaristas y a los adultos que os acompañan, mi agradecimiento y mi ánimo más paterno al acogeros en esta Iglesia diocesana de Oviedo como arzobispo. Que Dios os bendiga y que María os acompañe. Buen camino. La Santina os aguarda.



✠ Fray Jesús Sanz Montes, O.F.M.
Arzobispo de Oviedo.

S.I.C.B.M. El Salvador. 26 julio de 2025.

«AD TE DE LUCE VIGILO» (PS 62, 7). LA MISA DEL ALBA

Mons. D. Alberto José González Chaves, Pbro.

Hay momentos que no son del tiempo, sino del alma. Horas en las que el mundo aún duerme, pero el corazón está ya despierto, alerta, esperándolo todo de Dios. Así sucede cuando la noche empieza a ceder imperceptiblemente al anuncio de un día nuevo. En ese umbral secreto, donde aún no canta el gallo y las estrellas no han cerrado sus ojos, el sacerdote se pone en pie para la Misa de alba.

Fue en Sebares, un valle astur donde el cielo parece más cerca de la tierra. Allí, en el segundo campamento de la gran peregrinación de Nuestra Señora de la Cristiandad, más de mil

quinientos peregrinos —la mayoría jóvenes— duermen bajo las tiendas, mientras, en una decena de carpas alineadas, cerca de cincuenta sacerdotes celebran, cada uno, su Santa Misa.

No hay ruido. Solo el leve crujido de los corporales al extenderse sobre el mantel impoluto, el roce suave de la casulla en los dedos del acólito al punto de alzar a Dios, el paso de la hoja del misal que se abre como un libro sagrado. Todo está preparado con una pulcritud y detalle que manifiesta la abnegación de los organizadores: el cristal de las vinajeras brilla, las velas en los candeleros lucen sin goterones sobre el al-



tar portátil, el purificador está planchado con esmero, el cáliz cubierto con su velo, los ornamentos dispuestos con orden.

Cada sacerdote se ha levantado antes del alba con una ilusión que no se desgasta: la de celebrar su Misa. No como quien cumple un deber, sino como quien se encuentra con el Amor de su vida. En su alma resuena la certeza sencilla de que eso ¡la Misa! es lo único que tiene que hacer ese día. Todo lo demás será adjetivo. Porque el altar es su patria, su cruz y su alegría. Y cada amanecer es de verdad nuevo si en él se renueva el Sacrificio redentor de Cristo.

No siempre habrá pueblo presente. A veces el sacerdote celebrará en soledad, como lo hizo Cristo en el Cenáculo con los suyos, o como lo hacen tantos en las misiones, en la enfermedad o en la clausura de una Cartuja. Pero ni la ausencia de fieles ni la falta de cánticos disminuye un ápice la grandeza sublime, apabullante, inefable, del Sacrificio. La Misa aun sin pueblo, es el acto más fecundo de amor y reparación en la historia del mundo. Su valor no depende del número de asistentes, sino de Aquel que se ofrece.

Por eso nos duele que la práctica indiscriminada de la concelebración propicie hoy la desaparición de miles de Misas cada día, perdiéndose así gracias incalculables para la tierra, luz

para las almas, alivio para el purgatorio. Porque cada Misa es una llama viva de redención que se enciende en el corazón del mundo. No hay gesto más grande, ni plegaria más alta, ni ofrenda más poderosa. El sacerdote no puede privar al mundo de esa llama, ni al cielo de esa alabanza, ni a las almas de ese consuelo.

A la hora del alba no hay testigos humanos. Sólo Dios. Basta. Porque la Misa es para Él, Trino y Uno. Y para Él, todo debe ser bello, digno, exacto. Ni la oscuridad ni el sueño ni el frío excusan el descuido. Cada sacerdote ha recibido de la Iglesia el don inmenso de celebrar los divinos misterios. Y lo hace, en medio del conmovedor silencio matinal, «en par de los levantes de la aurora», como si fuera la primera, la única, la última Misa de su vida.

El conjunto es una sinfonía muda de genuflexiones, manos extendidas y cuerpos inclinados. «La música callada, la soledad sonora», son el fondo perfecto para «la Cena que recrea y enamora». En cada uno de los altares, «solitarios, nemorosos», se repite el milagro inenarrable. Al pronunciar el sacerdote el «*Hoc est enim Corpus meum*», el Verbo eterno se hace Carne eucarística entre las colinas de Asturias, como se hizo carne en la carne purísima de la Niña de Nazareth. Cada «*Domine, non sum dignus*» se eleva como un grito humilde en la liturgia

de la amanecida. Cada golpe de pecho resuena en los oídos de los ángeles, que asisten con reverencia invisible.

No se oyen cánticos ni hay “participación del pueblo”: sólo el murmullo bisbiseante de las oraciones sagradas y el latido puro del silencio litúrgico. No hay homilía, ni “asamblea”, ni moniciones. Sería atronador cuando el cielo se inclina con amor sobre una mesnada de sacerdotes y de seminaristas a punto de serlo.

Esta escena —que no verá el mundo ni recogerán los periódicos— es más real que todas las noticias. Porque, en la cuna de España vuelve a amanecer. Porque, una vez más, la claridad vence a la tiniebla. Porque, a despecho de Luzbel, portador de falsos resplandores, reina Cristo, *Lux mundi*. Y cuando el campamento comienza a despertar, y jóvenes, niños y mayores se desperezan y van a lavarse al río, aun de noche, para asistir a la Misa solemne, ya un puñado de sacerdotes ha ofrecido el holocausto de Amor salvador por ellos, por la Iglesia, por el mundo. Ya Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, ha renovado Su redención.

La peregrinación seguiría su curso hasta Cova-donga, para el *Te Deum* final, esa tarde. Habría rosarios, cantos, confesiones, meditaciones, encuentros, durante la caminata de media docena de leguas. Pero el corazón secreto del día había latido ya antes del amanecer, bajo la modestia de esas pequeñas “tiendas del encuentro”, en la santidad imponentemente callada de esas Misas de alba. Y ese palpito permanecería, como un secreto de gracia, en el alma de cada peregrino.

Cuando llegué a celebrar la Santa Misa a las seis de la mañana, todos los altares estaban ya ocupados. El silencio era absoluto, pero se percibía el murmullo sagrado del rito en curso. Cada celebrante llevaba su ritmo, con la atenta unción que sólo da el amor. En la mayoría de los altares había otro sacerdote aguardando con paciencia a que concluyese el anterior, para poder también ofrecer el Sacrificio Augusto.

Para obtener yo un altar, se ofreció a esperarlo por mí —con su amabilidad característica— el capellán general de la peregrinación. Y quiso la Divina Providencia que ese altar, bajo la carpa castrense, con un recado de Misa primoro-

samente preparado, fuese el dedicado a San Juan de Ávila. Cada uno estaba presidido por un cromó sencillo de una advocación de la Virgen o de un santo, todos relacionados con la historia espiritual de España. Y el mío fue el del Patrono del clero secular español, de quien —desde hace muchos años— trato de ser discípulo y amigo. No lo busqué yo: me fue dado, y lo viví como un signo. Celebré allí, en silencio, mientras la alborada comenzaba a rasgar la oscuridad, agradeciendo ese guiño del cielo que acariciaba mi alma sacerdotal: ser acogido, en el amanecer de Asturias, por aquel Maestro de fuego que enseñó a tantos que «esto, padres, es ser sacerdotes: que amansen a Dios cuando estuviere, ¡ay!, enojado con su pueblo».

Y aún me aguardaba otra ternura de Jesús Hostia: al disponerme a pronunciar como cada mañana el *introibo ad altare Dei*, agradeciendo al Señor que después de tantos años siga alegrando mi juventud, descubrí, arrodillado a mis pies, a un joven seminarista portugués de la Fraternidad de San Pedro, ya diácono, que me respondió en un susurro lleno de respeto: *ad Deum qui lætificat iuventutem meam*. ¡Había venido a servirme la Misa! Lo hizo sin que nadie se lo pidiera, por pura caridad, por amor al Santo Sacrificio, por veneración al sacerdocio. Su presencia discreta y fiel me conmovió. Porque ese gesto silencioso y fraterno de aquel pequeño y viejo amigo mío transparentaba el alma de la peregrinación: una Iglesia joven que sirve con alegría, que se postra con humildad y que sabe acompañar, con amor filial, a quienes le transmiten cada día el Misterio.

Y entendí aquella mañana, bajo el rosicler del cielo ya arrebolado, pensando en tantos sacerdotes mayores que hacen guardia sobre los luceros, y de los que tanto aprendí, la palabra honda y tierna del santo apóstol de Andalucía y Extremadura a un joven clérigo:

«Sea el altar su deseo, su gozo y descanso, como el nido para el pájaro».

Ad Te de luce vigilo! Por Ti madrugo, Señor mío y Dios mío, mi Amor y mi Vida. Porque sólo Tú haces nueva cada mañana. Solo Tú eres la aurora que no tramonta. Por eso, cuando aún no ha despuntado el día, tus sacerdotes Te celebran y Te sacrifican. Y el cielo, en silencio, responde: *Fiat lux!*

UNA PEREGRINACIÓN INOLVIDABLE

P. Antonio María de Araújo, Fraternidad San Vicente Ferrer, Chémeré-le-Roi (Francia)



Para mí fue un gran honor participar en la quinta Peregrinación Nuestra Señora de la Cristiandad de Oviedo a Covadonga, que tuvo lugar del 26 al 28 de julio de 2025. Caminamos noventa y cinco kilómetros en tres días junto a los 1.600 peregrinos, cantando, rezando y durmiendo en tiendas de campaña en las dos acampadas. Tres días de fervor intenso, participando en la liturgia, escuchando a las personas y sus necesidades, anunciando la palabra de Dios y administrando los sacramentos. ¡Alabado sea el Señor por todas las gracias recibidas, y también su Santísima Madre! Trataré de ofrecer algunas impresiones sobre mi experiencia.

Con diez veces menos participantes que en Chartres, el ritmo de la peregrinación española es más humano, y el ambiente, más familiar. El paisaje también es diferente: el camino de Oviedo a Covadonga es montañoso y boscoso, a diferencia de las llanuras de la Beauce por las que se llega a Chartres.

Por otro lado, las ceremonias litúrgicas durante estos tres días fueron hermosas, sencillas y

cuidadas. En particular, los cantos y el acompañamiento musical nos conmovieron por su combinación (muy española) de dulzura y majestuosidad. Tanto el gran fervor de los peregrinos, especialmente de los jóvenes, como su alegría y su valentía en un contexto español desfavorable a la liturgia tradicional, así como su acogida tan generosamente hospitalaria hacia los extranjeros, nos han edificado. Es emocionante.

Admiramos el nivel de organización alcanzado en solo cinco años por el grupo de jóvenes católicos que iniciaron esta peregrinación. Es un ejemplo del papel que pueden desempeñar los laicos cuando, inspirados por el Espíritu Santo, se atreven a tomar la iniciativa sin dejarse desanimar o paralizar por el clericalismo de ciertos sectores eclesiales. Un éxito así, impensable hace poco, es realmente notable, ya que demuestra que todo es posible y que la Iglesia católica en España, a pesar de las dificultades, todavía tiene grandes recursos que solo esperan ser desplegados para el bien común nacional y el de la Iglesia universal.

El testimonio de muchos peregrinos me conmovió. En comparación con otros países, como Francia, Estados Unidos o Suiza, por ejemplo, en España, los católicos que quieran asistir a una Misa tradicional en comunión con la Santa Sede se encuentran con innumerables obstáculos y restricciones, y en muchísimas regiones ni siquiera tienen esa posibilidad. El jurista Álvaro D'Ors dice que el destino histórico de los españoles consiste en ser más papistas que el Papa¹. Ahora bien, la casi prohibición de la liturgia tradicional en España me parece ser un desvío de este espíritu español, que se caracterizó a lo largo de la historia por su fidelidad inquebrantable a la Iglesia católica y a su jerarquía, pero siempre en favor de la tradición, y no como ocurre hoy en día, con una aplicación excesivamente restrictiva.

Recordemos el tema tantas veces expresado por el cardenal Ratzinger —que reiteró como papa Benedicto XVI—: la liturgia, al ser un organismo vivo, como una planta sembrada por Cristo y los apóstoles, que surgió en varios ramos o ritos cultivados desde las primeras generaciones de cristianos hasta hoy, no es una materia puramente artificial, como una máquina que se podría tirar y reemplazar por otra nueva. La liturgia vive de la misma vida que tenía en las manos de Cristo y de los apóstoles, por lo que debe ser tratada con la veneración y el cuidado que merece. Por supuesto, está sometida a la autoridad eclesiástica, pero según su naturaleza de ser vivo. Los pastores no pueden tratar las necesidades litúrgicas de los fieles como si fueran una mera cuestión disciplinaria, como la ley sobre el ayuno, la organización de las parroquias o un tratado que define las relaciones entre el Estado y la Iglesia católica. La Misa, el oficio y la vida litúrgica no están sujetos a la autoridad eclesiástica de la misma manera que una ley organizacional. Ratzinger lo explica muy bien en su libro *El espíritu de la liturgia*: se trata de una materia que, por su propia naturaleza, debe ser recibida, es decir, recibida por la Iglesia que la transmite como un depósito muy sagrado de generación en generación. Por eso, Benedicto XVI, aunque de forma discreta, dejó muy claro en la carta que acompañaba al motu proprio *Summorum pontificum* que la Misa tradicional no puede prohibirse en absoluto, ni siquiera por el Papa, ya que ni si-

quiera el Papa tiene autoridad para prohibir y condenar un tesoro litúrgico que forma parte del patrimonio inalienable de la Iglesia.

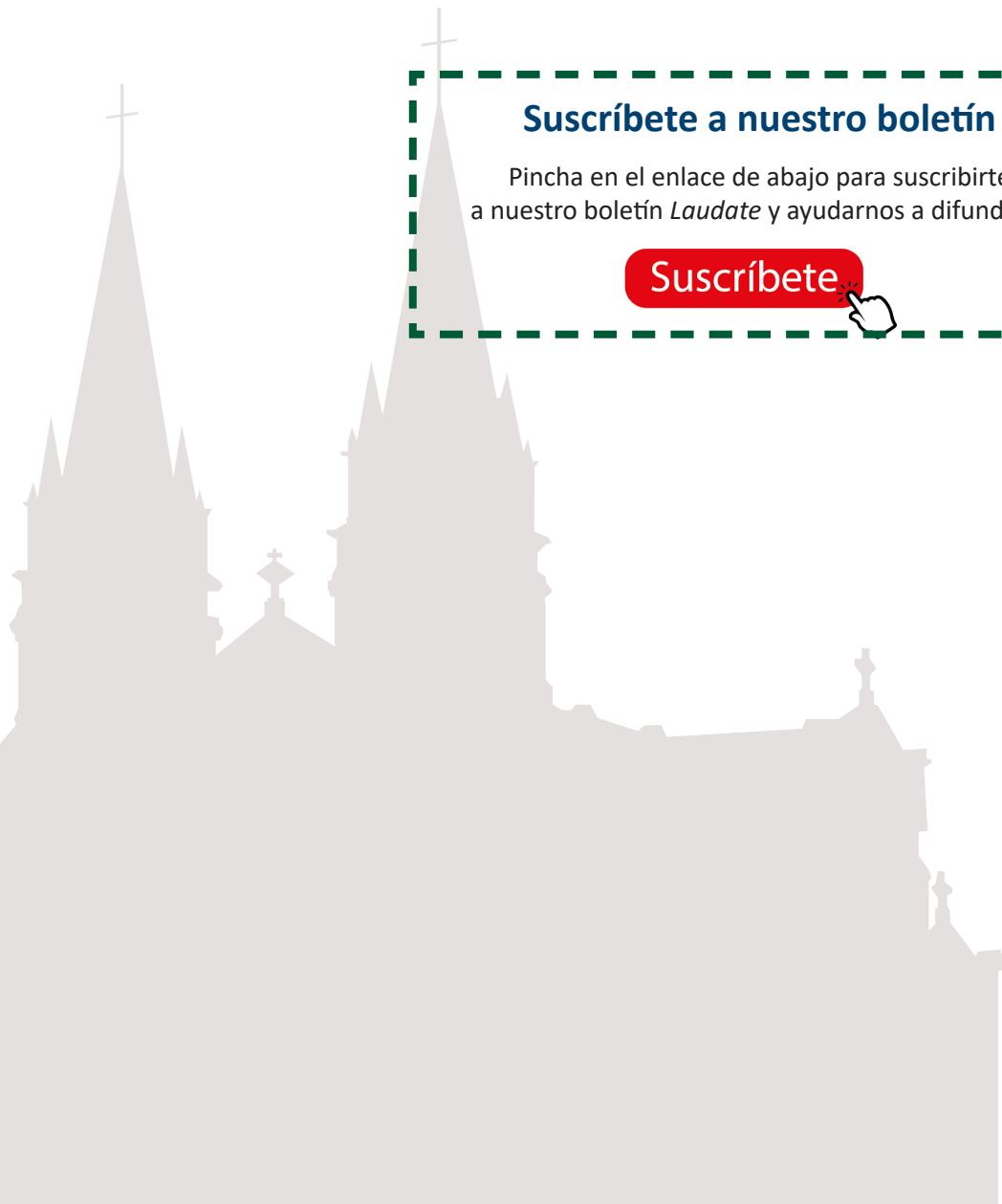
Hagamos una comparación. Claro, la autoridad eclesiástica puede introducir modificaciones en las leyes positivas en torno al matrimonio cristiano, pero no puede cambiar la naturaleza misma del matrimonio, que tiene que ser unión entre un hombre y una mujer, y solo como tal puede ser bendecido. De la misma manera, puede introducir algunos cambios en la liturgia que sean orgánicos con la vida litúrgica de la Iglesia, pero no tiene derecho a prohibir en absoluto la Misa tal como fue vivida durante los siglos por los fieles, los pastores y los santos en la Iglesia.

Gracias a Dios, algunos pastores en España se están dando cuenta de que los amigos de la liturgia tradicional pueden aportar mucho a la vida de sus diócesis.

La famosa peregrinación entre París y Chartres, iniciada en la década de 1980, ha inspirado numerosas iniciativas similares en todo el mundo: Argentina, Estados Unidos, Australia, España. Del mismo modo, la peregrinación francesa se había inspirado en la peregrinación nacional de Czestochowa, en Polonia. La piedad del pueblo polaco conmovió a los fundadores de la peregrinación de Chartres, que quisieron poner en marcha un evento similar, acorde con el carácter y el genio propios de su país. Nuestra Señora no conoce fronteras. En toda la Iglesia, María atrae y suscita nuevas peregrinaciones hacia sus santuarios. Desde 2021, también existe una peregrinación tradicional española, con sus propias y singulares cualidades.

Este año, al final del camino, volví a ir a saludar a Nuestra Señora de Covadonga. Al presentar mis intenciones y oraciones a la Santina, quedé interpelado por su belleza, llena de tranquilidad materna y fuerza. Tuve la impresión de que me miraba con cariño, como al pequeño ejército cristiano del rey Pelayo, como para recordarnos las palabras de su Hijo: «No temas, pequeño rebaño [...] porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino (Lc 12, 32)». No temas porque ¡no pasarán! «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo (Jn 16, 33)».

¹ «Así ha sido, en efecto, el papel de España en la Historia de la Iglesia, que es la Historia Universal» (*La violencia y el orden*, Madrid, Editorial Criterio-Libros, 1998, p. 28).



Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete

